

LA TEOLOGIA POLITICA DE UNA MUJER

E. MIRET MAGDALENA

DOROTHEE Sölle es profesora de Teología en el Seminario Teológico de Nueva York. Y en España, conocida por su pequeño, pero enjundioso libro titulado *Teología política*. Casada con un ex benedictino de la famosa abadía alemana de Maria-Laach, tiene cuatro hijos, uno de los cuales ha venido con ella a España con motivo de la conferencia dada en el Instituto Alemán, en el último e interesante ciclo organizado por su cesado director, E. Plinke, al que todos los españoles abiertos le debemos mucho. En el periodo de su dirección hemos conocido a los mejores teólogos cristianos y pensadores alemanes que han sabido exponer sus estimulantes y profundas ideas, cuando en el entorno franquista resultaban imposibles de difundir. Su labor en pro de la culturización del pueblo español ha sido ejemplar cuando nuestras puertas nacionales estaban cerradas a las ideas abiertas y oxigenantes.

Y este ciclo en el que ha hablado Dorothee Sölle es como el broche que cierra toda una labor en favor del progreso cultural español en las más difíciles circunstancias de nuestro país.

Es esta profesora una teóloga crítica y libre, que reflexiona su fe en conexión con las ciencias actuales del hombre. Su teología está dentro de la corriente llamada *teología radical*, y su estilo, más que académico es, sobre todo, sugerente. Muchos teólogos alemanes, acostumbrados al pesado movimiento del academicismo religioso, ayer la denigraban y despreciaban, y hoy reconocen su valor y aceptan una buena parte de sus tesis. Su énfasis lo pone en una teología comprometida en la cual el pensar está conexionado siempre con la acción humana. Sus libros, aparentemente más técnicos, no adoptan una radicalidad de salón, sino una radicalidad concreta y vital, cuya mejor expresión es el titulado *Crear en Dios ateísticamente*.

En el hotel de Madrid donde se hospeda la abordo sin prisas, y le pregunto por su teología y por sus convicciones sociales.

—Su teología, ¿está en la línea

de la llamada *teología de la liberación que ha surgido en América Latina?*

—Sí y no. Mi teología es política, comprometida, y por eso puede hablarse con razón, para caracterizarla, de una *teología de la liberación*. Pero entiendo este calificativo de modo más amplio que los latinoamericanos: la liberación de la cual parto, y en ella me inspiro para hacer mi teología, incluye todo tipo de opresión en el mundo actual: la mujer, los negros en Estados Unidos, el Tercer Mundo, los marginados... Todos ellos son grupos que coinciden en una cosa: están oprimidos. Ese es el punto de partida de mi reflexión, y su finalidad es contribuir en los cristianos a la liberación de su explotación. Me aparto de las elegantes discusiones que existen en mi país sobre la teología. La teología es la reflexión de todo creyente, conviviendo con otros creyentes y no creyentes, debe hacer de su fe. Por eso puede decirse —como se ha dicho— que mi teología es una *Exodus theologie*, una teología a ejemplo de la que debía hacerse ayer con el proceso de liberación relatado en el libro sagrado del Exodo.

—¿Ha influido en usted el marxismo?

—Sí, por supuesto. Pero siendo plenamente deudora de Marx, no puedo decir que soy marxista, si por esto se entiende una obediencia ciega a la letra de lo que Marx escribió. Yo sigo un análisis de la realidad, que la misma realidad me descubre en su dinamismo profundo, y no en la exégesis literalista, por ejemplo, de *El capital*. Este libro base es, sin duda, algo muy distinto de lo que fue la Biblia para los cristianos muchas veces: debe ser un libro para pensar, para poner al día y buscar en él el método de análisis que Marx empleó, sin atarse a sus conclusiones como si fueran un dogma inmutable.

—¿Cudles cree usted que son los rasgos fundamentales del marxismo?

—Ya he dicho que para mí es el *análisis de la realidad*, inspirándose en el mismo dinamismo que se descubre en lo más hondo de lo real: esa es la base



Dorothee Sölle, profesora en el Seminario Teológico de Nueva York.

fundamental del marxismo. El explotado y el oprimido —estén dónde estén— son la base del proceso de la liberación; esto es para mí lo que ayer se llamó proletario. Pero no comulgo con la idea simplista de la dictadura del proletariado. Por eso, para mí, el punto de partida central es la *alienación*, en cuyo análisis descubrió Marx que las condiciones económicas influyen decisivamente, no exclusivamente, en la conducta humana concreta. Incluso influyen más que la educación.

—¿Qué piensa usted de corrientes como la estructuralista de Althusser?

—Soy muy escéptica frente a las afirmaciones tan tajantes y parciales de este pensador marxista. La razón fundamental por la que me opongo a sus puntos de vista es porque olvida la subjetividad como elemento del proceso histórico.

—¿Qué piensa usted de la discusión que existe sobre el motor de la Historia? ¿Es el proceso técnico o la lucha de clases quien fundamentalmente lo mueve?

—Difícil pregunta, a la cual no se puede contestar por un sí ni por un no. Es cierto que el desarrollo técnico y científico es una parte muy importante de aquello que mueve hacia adelante

la historia del hombre: el descubrimiento de la píldora anticonceptiva está cambiando la totalidad de la vida en la sociedad contemporánea; pero no sólo influye la técnica y su progreso, sino también las verdaderas y profundas necesidades humanas, y una de ellas es el impulso hacia la liberación de toda explotación y opresión. Este impulso es una necesidad que se expresa en el término *lucha de clases*. Así es como el hombre se hace sujeto de su propia historia, como pensaba Marx. La llamada "lucha de clases", así entendida, es un hecho más que una teoría.

—¿Qué es, entonces, para usted el pecado?

—Según se mire a los diferentes estamentos de la sociedad, así hay que definir hoy el *pecado*, o mejor dicho: traducirlo a nuestro contexto histórico-social. Porque no podemos seguir con una concepción pequeña, cicatera, de lo que es pecado, centrándolo en un individualismo de mal agüero que deseducó al hombre con su enfoque egocéntrico. En el burgués, el pecado es hoy fundamentalmente la colaboración con la estructura injusta. Y, en cambio, en el hombre medio (el trabajador) sería la apatía para luchar contra ella.

"El pecado siempre requiere el perdón. Pero el perdón no se alcanza con morbosos ejercicios internos de arrepentimiento psicológico-emotivo, sino fundamentalmente saliendo fuera de sí mismo. El perdón no se obtiene a espaldas de quienes hemos perjudicado, colaborando con la injusticia de la sociedad o cayendo en la apatía contra ella, sino haciendo algo en contra suya, actuando y no pensando solamente. Lo que es falso —como ya enseñó San Juan— es creer que podemos arreglarnos privadamente con Dios, olvidando a los hombres.

—Entonces, ¿cómo entiende usted la concepción que el creyente debe tener de Dios?

—Concibo a Dios no como algo estático, recortado y cómodamente sentado en su alto trono, sino como un *movens*. Algo dinámico, vital, que impulsa, si el creyente lo acepta libremente cada día y cada minuto. Por eso la oración tiene que ser siempre una oración política. Yo pienso que sólo el que en tiempo del nacional-socialismo gritase en favor de los judíos tenía derecho a cantar el gregoriano de la liturgia. Por eso muchos cristianos creen que oran, pero en realidad no saben hacerlo. No lo han aprendido en la Biblia leyendo el libro del Exodo, sino en manuales de Teología o de espiritualidad raquíticos y anegados en egoísmo espiritual.

—¿Qué pensadores le han in-

fluído más en sus ideas y actitud?

—Yo le estoy muy agradecido a Bultman. El fue quien me aficionó a la Teología y me introdujo en la creencia cristiana. Después, cuando estaba en el campo de concentración de Auschwitz, leí a otros cristianos: Pascal, Kierkegaard y Simone Weil, y me di cuenta de que el Jesús real había sido distorsionado por la tradición eclesial, pero estaba ante nosotros todavía, ofreciéndose como algo vivo y renovador a los hombres.

—Pero usted, que se encuentra dentro de la tradición protestante, ¿qué elegiría como base de la construcción teológica cristiana, la Cruz o la Resurrección?

—En eso me aparto del pensar cristiano oriental, y me siento muy unida a Lutero. Para mí la clave del cristianismo reside preferentemente en la Cruz. Y sin ella no se vivirá un cristianismo concreto, transformador y eficaz. La Cruz es el símbolo de lo que aquí he expresado como "leit-motiv" de mi teología: en el oprimido reside el punto de partida liberador. Sólo hay que hacerle consciente su realidad, y brotará la fuerza de la liberación. El evangelista no predicó el "niéguese a sí mismo" sólo como ejercicio ascético, sino que lo explicó diciendo: "Asuma conscientemente cada uno su cruz, su opresión". Y todos podemos participar de un



"En el trabajador, hoy, el pecado sería la apatía a la hora de luchar contra la estructura injusta".

modo o de otro de esta labor, y reunirnos para actuar como palanca de fuerza cuando se hace consciente, y romper así el círculo vicioso de las envilecedoras motivaciones que nos encadenan a nuestra injusta civilización occidental.

—¿Cómo ve usted el futuro de la sociedad actual?

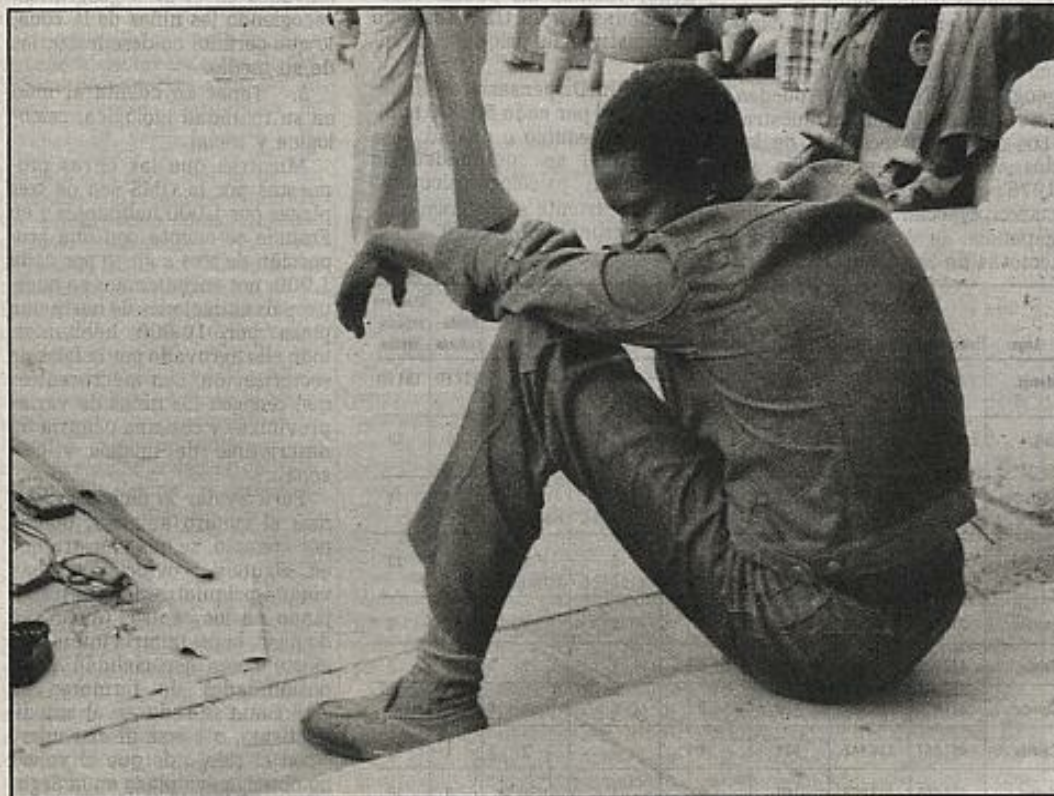
—Pienso que el cristianismo tiene poco porvenir en la Europa que conocemos. La religión del consumo es la que priva en ella, y las clases medias están tentadas inconscientemente por un cierto neofascismo, al haberse centrado en esta religión ciega y materialista del consumo por el consumo. Piden angustiosamente seguridad para su afán de posesión, y cuando los horizontes se oscurecen, como ocurre hoy en Europa, existe el peligro de optar por el simplismo de una solución de derecha cerrada, que se presentaría más atractiva y más mesurada en las formas externas de como lo hizo el nazismo o el fascismo. ¿No vemos signos premonitores de lo que digo al observar el tecnocratismo de nuestra democracia de la Alemania Federal, la creciente represión exterior en cercenar hábilmente la libertad de prensa, prohibir ciertos actos públicos muy progresistas, fomentar un ambiente de intimidación en la Universidad, aumentando cada vez más la fuerza material y psicológica en los mecanismos represivos de los Gobiernos?

—Yo sólo veo un atisbo de proceso liberador en Europa en el desarrollo cada vez más consciente del movimiento ecológico. Esa toma de conciencia de nuestras crueles sociedades, a través de la creciente contaminación, polución y ausencia de espacios respirables y abiertos, hace que empecemos a comprender los errores en que se asienta nuestra civilización contemporánea, y comenzamos a percatarnos del engaño en que hemos caído.

—En cuanto al cristianismo, veo cada vez más desintegradas y disminuidas las iglesias institucionales, y sólo aprecio una posibilidad: los pequeños núcleos de cristianos que quedarán cada vez más marginados de la sociedad actual, a menos que ésta cambie profundamente.

—En cambio, tanto para el porvenir social como para el cristianismo, tengo más esperanza en el Tercer Mundo. Pero hace falta que éste encuentre su propia identidad, sin dejarse asombrar por el falso brillo de oropel de la vida de Occidente; que se sepa usar la técnica, sin que se apodere del mando.

—Yo estoy haciendo ahora por la construcción de una metafísica socialista que pueda proporcionar la base doctrinal de esta difícil, pero necesaria transformación de nuestra sociedad. El marxismo ha olvidado hasta ahora temas profundos como la muerte y el sentido de la vida, y ahora tiene que recuperarlos; y la religión puede ayudarle a ello, puesto que la religión siempre se relacionó con el problema de la muerte y de la vida profunda. ■



"El explotado y el oprimido son la base del proceso de la liberación".